

NATSUME SOSEKI

SHUMI NO IDEN

LA HERENCIA DEL GUSTO

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta e ilustraciones diseñadas por Christian Hugo Martín

- © Traducción de Emilio Masía y Moe Kuwano
sobre el original japonés *Shumi no iden* (1906)
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2010
García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1754-3

Depósito legal: S. 1462-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A., Salamanca

PRÓLOGO

Emilio Masiá y Moe Kuwano

En diciembre de 1905, apenas tres meses después del final de la guerra entre Rusia y Japón, Natsume Soseki escribió la novela *Shumi no iden* (La herencia del gusto), que fue publicada en enero del año siguiente en la revista «Teikoku Bungaku» (Literatura imperial).

El relato comienza en la estación de Shimbashi, en Tokio. Allí el protagonista asiste a un multitudinario acto de bienvenida a las tropas japonesas que regresan del frente ruso. Al ver a los soldados, repara en uno que le recuerda a su amigo Kô, fallecido meses atrás en la contienda. Este sencillo episodio desencadenará un proceso de cambio en su forma de entender la vida.

La herencia del gusto tiene como telón de fondo el tema de la guerra: su capacidad destructiva y deshumanizadora, el horror del sacrificio de vidas humanas en aras de una causa supuestamente patriótica. Pero ante todo se trata de un relato que reflexiona sobre la experiencia inaudita del amor y sobre el misterioso «fondo

oscuro» del que brota la creación estética, realidades ambas que conjugan belleza y dolor.

La hondura y originalidad propias de la escritura experimental de Soseki afloran a lo largo de la narración. El autor utiliza elementos típicos del diario personal, la autobiografía, el relato costumbrista e incluso el ensayo, para crear un mundo de sensaciones pictóricas que evoca a los haikus japoneses y los poemas chinos.

El recurso al contraste confiere a la novela un ritmo y una estructura peculiares. Objetos y personas son vistos en claroscuro: la belleza deslumbrante del jardín otoñal se contrapone a la oscuridad del duelo; la vida aparece confrontada con la muerte; el presente, el pasado y el futuro no realizado plantean a cada paso la pregunta por el sentido de la existencia y por la posibilidad remota de recuperar al menos una parte de lo que ya ha desaparecido.

El fluir del tiempo constituye, en fin, el bajo continuo y la osamenta que sostienen el relato. De hecho, el presente del lector queda inevitablemente afectado por la melancólica y constante nostalgia del pasado y por la evocación de un futuro que podría haber sido y no fue.

LA HERENCIA DEL GUSTO

Con los cambios del tiempo, hasta los dioses se vuelven locos. «¡Ofreced un holocausto humano, soltad a los perros famélicos!»: así resonaba entre tules de nubarrones un grito que agitaba las aguas del Mar de Japón. Su eco alcanzaba hasta los confines de Manchuria. Rusos y japoneses, nada más escucharlo, respondían convirtiendo en una cacería la llanura del norte del continente en cuatrocientos kilómetros a la redonda. Bajo los cielos, manadas de perros rabiosos corrían por la inmensa planicie. Como si hubieran lanzado desde lo alto una descarga de balas vivientes, galopando sin cesar por los aires, tras el rastro de olor de la carne fresca. Los dioses, enloquecidos, danzan gritando: «¡Bebed la

sangre!», y con estas palabras como señal para que las lenguas vomiten chispas de fuego, se escucha el rugido sangriento que brota de lo hondo de sus gargantas. Acto seguido, los dioses, asomándose por entre los ribetes negros de las nubes, repiten su clamor bélico: «¡Devorad la carne!», una y otra vez, «¡devorad la carne!». Los perros corean al unísono: «¡Devoraremos la carne!». Descuartizan brazos y piernas con violentos crujidos. Abren fauces enormes, arrancan músculos y tendones dejando los huesos pelados. Tras acabar con la carne, la voz de los dioses retumba furiosa entre nubes que ocultan el cielo: «¡Roed los huesos, chupadlos hasta dejarlos secos!». Los colmillos caninos están mejor constituidos para roer huesos que para comer carne. Creados por dioses enloquecidos, los perros están dotados de un instrumental de locura. Los colmillos fueron diseñados por los dioses precisamente para devorar. A la orden de: «¡Rugid, rugid!», los perros batían sus colmillos y los clavaban con fuerza en los huesos, hasta que

algunos de estos se quebraban y las bestias devoraban aun el tuétano; otros acababan desmenuzados formando sobre la tierra figuritas que semejaban pinturas. Los huesos que los perros no conseguían destrozar les servían para afilarse los colmillos...

Con mucha frecuencia me sumo en divagaciones y ensoñaciones como esta. Al llegar a la estación de Shimbashi, me dije a mí mismo que aquellas imágenes me producían escalofríos. Dirigiendo mi atención hacia lo que ocurría a mi alrededor, observé una multitud de personas congregadas en la plaza que está frente a la estación. Apenas se había dejado un paso de acceso de unos cuatro metros. Desde ambos lados, la gente se apretujaba en una larga fila, por donde parecía imposible cruzar. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entre la multitud, reparé en la figura extravagante de un hombre con la chistera calada. Si no fuera porque las orejas hacían de tope, le taparía los ojos. Otro llevaba unos pantalones tradicionales, demasiado estrechos y algo incómodos; se miraba el

haori que lo cubría como si perteneciese a otra persona. Un tercero lucía levita –reconozco que le quedaba bien– y unos guantes blancos a juego con los zapatos, como diciendo: «¡Qué bien visto!». Unas cuantas personas portaban banderitas de bienvenida que tenían escritos lemas en caracteres blancos sobre fondo malva; otras, en cambio, llevaban estampadas minuciosas inscripciones de color ébano sobre fondo de tela blanca. Para hacerme una idea de por qué se congregaba aquella multitud, me puse a leer las pancartas. Me llamó la atención una de las más próximas a mí, que proclamaba: «Los voluntarios del distrito de Renjaku celebran el regreso triunfal del señor Kimura Rokunosuke».

Empecé a entender que se había organizado una bienvenida entusiasta en honor de alguna persona. Incluso el caballero que antes me pareció extrañamente vestido ahora me resultaba elegante. Más aún, comencé a sentirme mal por haber imaginado que la guerra había sido provocada por dioses trastornados y que los soldados

partían hacia la batalla sin otro fin que ser devorados por perros furiosos. Yo me dirigía a la estación para encontrarme con una persona con la que había quedado, pero aquella masa de gente a mi alrededor me impedía llegar. Seguro que ninguno de los allí reunidos se imaginaría los ensueños que habían ocupado mi mente hacía escasos minutos. Incluso en circunstancias normales me siento incómodo al andar solo por la calle, como blanco de las miradas, sintiendo que los ojos de la gente se clavan en mí. Si supiesen que había estado imaginando a sus seres queridos como sobras de una pitanza para perros, pondrían el grito en el cielo. Con esas ideas en mi mente subí por la escalera de piedra que da acceso a la estación, tratando de vencer mi incomodidad y reticencia a base de aparentar despreocupación.

Una vez dentro, me resultó difícil abrirme camino hasta el lugar de mi cita debido a la multitud que aguardaba para recibir a los combatientes. Cuando finalmente conseguí entrar en la sala de espera de primera

clase, comprobé que aún no había llegado la persona con quien había quedado. Cerca de la chimenea, un oficial con gorra roja; mientras hablaba animadamente, su sable en bandolera se agitaba tintineando. A su lado, otros dos de chistera uno junto a otro. Sobre uno de ellos, se estira el aro de humo de un cigarrillo. Al otro extremo de la sala, en una esquina, una mujer hablaba con otra de unos cincuenta años que iba muy elegante. La mujer susurraba tan suavemente que la conversación entre ellas habría resultado inaudible incluso para alguien que hubiera estado sentado junto a ellas. Un hombre ataviado con un tradicional *haori* de algodón, con las mangas echadas sobre los hombros, se dirigió hacia las dos señoras y les comunicó que no era posible comprar billetes de andén porque ya no quedaban plazas. Debía de ser el sirviente. Algunas personas, cansadas de aguardar entre la multitud, se reunían en torno a las mesas en el centro de la sala, hojeando e intercambiando periódicos y revistas mientras mataban el tiempo.